

**REAL ACADEMIA DE MEDICINA  
DE CASTILLA-LA MANCHA**

SOLEMNE SESIÓN DE NECROLÓGICAS  
*IN MEMORIAM*  
DEL DR. D. IGNACIO HERMIDA LAZCANO

ALBACETE, 21 DE NOVIEMBRE DE 2024

DISCURSO PRECEPTIVO NECROLÓGICO  
IMPARTIDO POR EL ACADÉMICO DE NÚMERO  
ÍLMO. SR. D. MIGUEL ÁNGEL BARBA ROMERO



**E**xcmo. Sr. Presidente de la Real Academia de Medicina de Castilla-La Mancha.

Ilma. Sra. Decana de la Facultad de Medicina de Albacete de la Universidad de Castilla La Mancha.

Ilmo. Sr. Presidente del Colegio Oficial de Médicos de Albacete.

Ilmos. Sres. Académicos.

Querida familia de Nacho.

Compañeros y público asistente.

Es para mí un honor el poder acometer la primera misión que, como académico, se me ha encomendado por parte del Presidente de nuestra Institución. Pero también, al mismo tiempo, es una tarea difícil y desafiante, al ser la de hoy la primera sesión de esta naturaleza que se lleva a cabo en la joven trayectoria vital de la Academia. A todo ello, no voy a negar que se une la responsabilidad de tener que glosar la figura de quien fue compañero de profesión durante más de veinticinco años en el servicio de Medicina Interna del Complejo Hospitalario y Universitario de Albacete. Siento que me enfrento a un acto ambivalente en el que se conjuga la tristeza por su ausencia con las riquezas aportadas por el recuerdo de su persona, sus múltiples cualidades, virtudes y logros alcanzados. Ese compartir públicamente el recuerdo es lo que alguien ha llamado el combate victorioso de la memoria sobre la nada y el olvido.

De padre gallego y madre madrileña, por circunstancias laborales paternas, Ignacio —Nacho— Hermida nace en Cáceres el 5 de septiembre de 1966. Es en ese momento el tercero de lo que finalmente será una fratría de seis hermanos. Poco tiempo después, la familia se trasladará a Teruel, donde Nacho pasará su infancia, y posteriormente a Guadalajara, donde llevará a cabo sus estudios de enseñanza secundaria. Finalmente, su padre es trasladado a Coruña, como secretario del delegado del Gobierno, motivo por el cual Nacho cursa la licenciatura en Medicina y Cirugía en la Facultad de Medicina de la Universidad de Santiago de Compostela. Ya durante su época universitaria comienza a dar señales de su anhelo por aprender y explorar nuevos horizontes. Una muestra de ello es su participación en las actividades de un grupo de teatro universitario. También realiza durante dos veranos estancias en sendos hospitales alemanes, donde además de ampliar sus conocimientos científicos, pudo consolidar sus conocimientos de alemán, seguramente facilitado por su especial capacidad para aprender idiomas.

Tras finalizar la licenciatura, decide un cambio radical de ambiente, eligiendo para realizar la formación MIR en Medicina Interna el hospital Miguel Servet de Zaragoza. Era un residente muy querido y apreciado por sus compañeros, sobre todo por los residentes más pequeños, por su enorme capacidad docente y por su dedicación hacia ellos, facilitándoles el aprendizaje y su tránsito por los avatares de la residencia. Es en su tercer año de residencia cuando conoce a Cristina, residente de primer año de Medicina Interna («pizpireta y modernilla», como todavía la recuerda un residente pequeño suyo), en lo que fue «un flechazo» según palabras textuales de la *protagonista*, con la que compartió más de veintiocho años de una vida intensa, feliz y enriquecedora.

En sus años de residencia siguió con su dedicación al teatro *amateur*, llegando a participar en la representación de la obra *Sancho Panza en la insula Barataria*, adaptación que Alejandro Casona hizo del capítulo LI de la segunda parte del *Quijote*. Y también continuó demostrando su interés por participar en múltiples actividades fuera de la clínica, como el canto, los bailes de salón y el aprendizaje a tocar la guitarra.

Es en el verano de su quinto año de residencia, tras haber realizado unas rotaciones en enfermedades autoinmunes y en enfermedades tropicales en centros hospitalarios de Barcelona, cuando decide hacer una estancia en Manaus, en el noroeste de Brasil, capital del extenso estado de Amazonas. Posiblemente aquella experiencia, ejerciendo en un entorno con alta escasez de recursos, le dejó una impronta que le acompañaría durante el resto de su ejercicio profesional en un entorno, por fortuna, menos precario.

En 1997 lee su tesis doctoral en el departamento de Medicina Legal y Toxicología de la Facultad de Santiago, con el título de *Estudio epidemiológico y características psicosociales de las intoxicaciones agudas en el ámbito hospitalario*, un tema transversal con una implicación social más allá de la meramente clínica. También en dicho año finaliza su formación MIR. Una época donde la oferta de plazas para ejercer la especialidad tras acabar la residencia era escasa, tanto en hospitales públicos como privados. Por dicho motivo, Nacho envía su *curriculum vitae* prácticamente a hospitales de toda la península. Inicialmente consigue un contrato para la unidad de corta estancia y hospital de día en el hospital Miguel Servet, pero de breve duración, y posteriormente es contratado en el Instituto Nacional de la Seguridad Social de Zaragoza como médico del equipo de valoración de incapacidades, actividad que percibía como poco gratificante.

Poco después, Cristina, mientras realizaba una búsqueda de bibliografía para su tesis doctoral, encuentra en *Diario Médico* la convocatoria de una plaza de internista para el Hospital General de Albacete, animándole a presentarse a ella. Es convocado para la realización de una entrevista, que finalmente devino en un examen, con la resolución de un caso clínico. Es el primer contacto que Nacho y Cristina tienen con la ciudad de Albacete, aunque en esa primera visita no pudieron apreciar los encantos de la ciudad que posteriormente les acogería como si hubieran nacido en ella. Nacho consigue la plaza en liza, incorporándose al servicio de Medicina Interna del Hospital General en 1998, siendo su primera encomienda la consulta del cupo de Cardiología y Digestivo del centro de especialidades de Almansa, que en aquella época atendía el servicio de Medicina Interna por escasez de facultativos en las especialidades mencionadas. Los inicios fueron complicados, al tener que enfrentarse a la atención específica de dichas patologías, fundamentalmente con la realización de una buena historia clínica y el bagaje científico adquirido durante los años de residencia, siendo más costoso obtener el apoyo de exploraciones complementarias específicas.

En ese mismo año, Cristina realiza en su último año de residencia una rotación en la unidad de medicina paliativa del hospital Gregorio Marañón en Madrid. Tras haber coincidido en una visita a Albacete con la Dra. Beatriz Vila —quien había comenzado a poner en marcha la unidad de paliativos en el remozado hospital Nuestra Señora del Perpetuo Socorro—, estando en un congreso en Granada Cristina es convocada para realizar una entrevista con la Asociación Española contra el Cáncer, que financiaba inicialmente la atención domiciliaria de los pacientes

de dicha unidad, siendo finalmente contratada para esta actividad. Así, en enero de 1999 Cristina vuelve a Albacete, comenzando su carrera profesional, incorporándose posteriormente como miembro de plantilla del servicio de Medicina Interna. Eso permitió que Nacho y Cristina contrajeran matrimonio en una ermita del Pirineo aragonés, en Sahún, cerca de Benasque. No podía ser de otra manera ya que la montaña, junto con el deporte, era una de las pasiones fundamentales de Nacho. Años dichosos, plenos en todos los aspectos, que se vieron enriquecidos con la llegada de sus tres hijos: Ignacio —Nachete— y Miguel en 2002, y más tarde Luna, en 2006. Así afloró su faceta, ignota y no explorada, de la paternidad, papel que desde entonces ejerció con amor y entrega plenas. Supo «hacer equipo», y siempre intentaba planificar un sinnúmero de actividades en familia, fundamentalmente viajes a la montaña y a numerosos rincones del mundo. No en vano, la pasión por viajar la arrastraba desde la juventud, habiendo visitado varios países en Europa y América; en muchos de ellos acompañado por su hermano Pablo, el cuarto miembro de la fratría, con limitados recursos monetarios y subsistiendo con lo que podían obtener tocando sus guitarras, lo que ahora se denominarían como *street artists*. No solo en dichos viajes, la sencillez y la austeridad le acompañaron toda la vida, quizás influido, entre otros factores, por las experiencias vividas durante su estancia en Manaos. Es lo que traslucía en una de sus reflexiones más conocidas y compartidas: «una agenda, un lápiz y una radio, ¿qué más se necesita para ser feliz?».

Profesionalmente, fue poco a poco ganándose el respeto y el cariño de sus compañeros de servicio, y también, y sobre todo, el reconocimiento de sus pacientes,

que cariñosamente le llamaban «el médico de la coleta», *detalle* que le acompañó durante toda su vida como marca genuina de identidad. Contribuyó significativamente a ello su infinita paciencia, capacidad de escucha, elevado nivel de autoexigencia pensando que siempre podía hacer más y mejor por sus enfermos, junto con un certero ojo clínico que le permitía discernir lo importante de lo secundario en la atención a sus pacientes. En este punto es conveniente recordar la frase atribuida a Gregorio Marañón en la que afirmaba que ese ojo clínico que se le atribuía, en realidad, le costaba muchas horas de sueño robadas al estudio. Aunque Nacho era más bien un *early bird*, madrugador que encontraba paz y concentración en las primeras horas del alba en el hospital, para serenamente repasar y estudiar los casos citados ese día. Huía de los protocolos, quizás porque encorsetaban su libertad y su juicio clínico. Escéptico, cuestionando todo, lo que constituye el inicio del camino al saber y a la verdad. Como dice Aristóteles, «el ignorante afirma, mientras que el sabio duda y reflexiona». Tenaz y preocupado por sus enfermos, recuerda el que les habla su perseverancia persiguiendo el diagnóstico del paciente que atendió con una enfermedad de las denominadas «raras», la enfermedad de Erdheim-Chester, y tras ello consiguió que su paciente fuera atendido por uno de los especialistas más reconocidos mundialmente en dicho trastorno en el hospital Pitié-Salpêtrière de París. No es de extrañar, pues, que a él también acudieran buscando consejo y cuidados otros compañeros, siendo *médico de médicos*, un honor y un privilegio reservado a los mejores.

También a nivel profesional supo hacer equipo, demostrándolo con creces en dos momentos transcendentales en su trayectoria profesional. En la organización, junto con



otros miembros del servicio de Medicina Interna del Hospital General, de la atención clínica a los pacientes hospitalizados durante la primera oleada de la pandemia por el COVID-19. Y, sobre todo, con la creación y puesta en marcha de la Unidad de Continuidad Asistencial entre Atención Primaria y Medicina Interna, conocida como la UCAPI.

Dicha unidad se puso en marcha en febrero de 2015, un proyecto avalado e impulsado también por el entonces jefe de servicio, el Dr. Javier Solera. Nacho había visitado la UCAPI que había comenzado su andadura en el Hospital de Guadalajara con el Dr. Machín, y cuando se embarcó en la puesta en funcionamiento de la UCAPI del Complejo Hospitalario y Universitario de Albacete, quiso también dotarla de un carácter diferencial. Un valor añadido al objetivo inicial de colaboración y coordinación con la Atención Primaria en la atención de los pacientes crónicos y pluripatológicos, el ofrecimiento de una vía de acceso rápida a la valoración de aquellos pacientes con patología no estrictamente urgente, pero que requerían de una valoración adicional, no demorable, y la realización, en un tiempo razonable, de las pruebas necesarias para un correcto diagnóstico y manejo, evitando en lo posible visitas al servicio de Urgencias y en ocasiones ingresos innecesarios. Su herramienta más eficaz fue algo tan sencillo como mantener un teléfono siempre abierto para contestar la llamada de un compañero, así como las reuniones que mantenía con los médicos de los centros de salud para discutir cualquier caso que se le presentara. La UCAPI empezó como proyecto piloto trabajando con los médicos de los centros de salud Zona 1 y Zona 8 de Albacete, al que se unió también La Roda. En una segunda fase, se sumaron Casas Ibáñez y los centros 3, 4 y 7 de la capital. En realidad, hoy

cualquier médico de familia puede recurrir a la UCAPÍ. En dicha labor tuvo la suerte de estar acompañado por un equipo de profesionales a los que supo transmitir la ilusión por su proyecto y con los que trabajó codo con codo, consiguiendo que la unidad alcanzara el enorme y justo reconocimiento por los profesionales de Atención Primaria del que ahora disfruta, siendo considerada en estos momentos imprescindible.

Junto a ello, Nacho también descolló en su faceta docente, ya iniciada en sus tiempos de residente en Zaragoza, y potenciada en Albacete en la formación de residentes de diversas especialidades médicas, además de la Medicina Interna, así como en la formación de alumnos del Grado en Medicina como profesor asociado de la facultad. Es comprensible, ya que él poseía muchas de las cualidades y virtudes que adornan a un buen docente: pasión por la enseñanza, motivación, empatía, cercanía, capacidad de adaptación, escucha activa, creatividad, ansia por el saber y la búsqueda constante de la verdad. Como dijo el profesor de Teología norteamericano Howard George Hendricks, «la enseñanza que deja huella no es la que se hace de cabeza a cabeza, sino de corazón a corazón». Y Nacho dejó esa huella en sus alumnos, pudiendo también su hijo Miguel tener la oportunidad de disfrutar de su padre iniciándole en el contacto con el paciente y la enfermedad.

Nunca renunció a sus otras pasiones además de la Medicina: la montaña y el deporte, sobre todo el tenis y la carrera. Llegó a participar en la maratón de Madrid y en la de Zaragoza, y sus próximas metas eran participar en la de Berlín y en la de Nueva York. Esa pasión por el deporte, sobre todo por el tenis, ha calado hondo y tiene su mejor *discípulo* y continuador en su hijo mayor, Nachete.

Tímido y extrovertido a la vez, también hizo una incursión en el mundo del flamenco, acudiendo a clases del bailar Ricardo «El Veneno» y, tras la guitarra, se embarcó en el aprendizaje del chelo. Su afición al canto, iniciada en su época de juventud, la mantuvo y practicó con los grupos A Capella y El Orfeón de La Mancha de nuestra ciudad, siendo un valorado miembro de ellos. Amaba el cine, disfrutando enormemente de la visión de las películas en versión original, muy en especial junto a su hija Luna. Apasionado siempre por nuevos retos, tentó el aprendizaje del chino, aunque sí reconoció en dicha lengua una dificultad especial, sobre todo en su grafía. Y también poseía soltura para la expresión escrita; era quien en las reuniones familiares preparaba alguna breve composición para leer en las mismas.

Además, tenía una gran facilidad para hacer amigos, posiblemente por su sencillez y autenticidad, en todos los sitios por los que pasó, conservándolos hasta el final. Algo que supuso un bálsamo reparador en los últimos momentos de su transitar en este mundo, tanto para él como para su familia.

Llegado a este punto, me atrevería a decir que, bajo el prisma de la historia, Nacho podría encajar perfectamente en la definición de lo que se conocía como un «hombre del Renacimiento». El hombre del Renacimiento se esforzaba en alcanzar la perfección de mente, cuerpo y espíritu; intentaba desarrollar sus capacidades al máximo; poseía una educación excelente; era autodidacta en muchas facetas; políglota; sociable; deportista; carismático; artista; cosmopolita; explorador; emprendedor y humilde. Nacho fue un crisol que fundió todos esos atributos y los destiló para ofrecer siempre lo mejor de sí mismo a los demás.

Y tras realizar de nuevo el Camino de Santiago, viaje iniciático de introspección y encuentro personal, llegó el momento de su última etapa vital, la de la experiencia de tener que afrontar el diagnóstico de la enfermedad que le obligó a detener su ajetreada existencia, a *descansar*. Señales desconcertantes le pusieron en alerta y le hicieron sospechar el fatal diagnóstico, que finalmente se confirmó. Un diagnóstico que, muy a su pesar, había tenido que transmitir en múltiples ocasiones durante su ejercicio profesional. Intuía la senda que iba a recorrer, llena de zozobra, angustia y, sobre todo, tristeza, tanto para él como para sus seres más queridos. En silencio, un fin de semana, vació su despacho antes de comunicárselo a Cristina. Como dijo Pierre Charron, filósofo y teólogo francés: «el necio teme la muerte y huye de ella, el loco la busca, el sabio la espera». Y Nacho esperó. Esperó a que Cristina y sus hijos estuvieran preparados y, sereno, tras gestionar todos los detalles de su partida, se despidió, transmitiéndoles el convencimiento de haber vivido feliz e intensamente junto a ellos. Se marchó en silencio, sin alharacas, con humildad, como siempre había vivido, dejando un enorme vacío y tristeza en todos los que le conocimos. Nos dejó una persona sencilla, libre, íntegra, fiel a sus principios, con enorme capacidad de trabajo y dedicación plena hacia su familia, profesión, aficiones y amigos.

Sirvan estas torpes palabras para contribuir a mantener viva la luz de su recuerdo en nuestros corazones, de su exultante vitalidad, de los sueños que inspiró y de las lecciones que nos dejó. Como dijo Gabriel García Márquez: «recordar es fácil para el que tiene memoria, olvidarse es difícil para el que tiene corazón».

No permitas que olvidemos tu mensaje postrero: «No tengáis miedo». Gracias, Nacho.



